

“Yo no creo que el socialismo haya muerto”

Entrevista a **Carlos Altamirano**

Ximena Ortúzar. Proceso México. 1992

7 páginas

Afirma Carlos Altamirano:

otro golpe, hoy, es impensable, a pesar de Pinochet

SANTIAGO DE CHILE.- Los 70 años no han alterado su figura. Delgado como en sus años de atleta, algo canoso, quizá más calmado que en los años del gobierno de la Unidad Popular, cuando Salvador Allende era presidente y él secretario general del Partido Socialista, la principal fuerza de la izquierda chilena. Su exilio duró 18 años. Comenzó cuando el régimen militar le puso precio a su cabeza. Acaba de terminar, en democracia. Carlos Altamirano, en Chile, recién llegado:

—No miento si digo que me solicitan diez entrevistas por día. Y diez veces al día digo no. No. No quiero hablar aún. Estoy apenas aterrizando. Debo ubicarme primero en mi país.

—¿Difícil reubicarse en Chile?

—Es un trauma fuerte, un cambio fuerte, sobre todo a mi edad. Es un aterrizaje difícil. Primero viví en Alemania Democrática, en Berlín del Este. Después en París. Y ahora, de vuelta en Chile. De manera que resulta complicado dar entrevistas. Ya no sé de qué hablar; no sé en qué mundo estoy: ¿en el tercer mundo, en el primero? Ni siquiera sé si el segundo desapareció. En lo estrictamente personal no sé en qué lugar geográfico y en qué lugar conceptual me ubico en este momento. Tengo que hacer un gran esfuerzo para empezar a repensar. Además, no tengo domicilio. Vivo en casa de amigos. Mis otros amigos están enfurecidos y me acusan de "jugar al clandestino". Lo que ocurre es que al no tener casa —la están terminando todavía— ni teléfono...

—¿Se parece su retorno al que usted imaginó?

—Sí y no. Durante los 18 años de exilio he estado con tres o cuatro amigos cada semana hablando de Chile, en distintos lugares del globo. Hablé con centenas de amigos y compañeros de partido. Acerca de la realidad chilena tenía una información bastante precisa. Pero la realidad, al vivirla, es siempre más fuerte de lo que se piensa... Sabíamos lo esencial, pero es distinto vivirlo. Ese es el problema de todo doble exilio. Y ése es mi caso.

—¿En qué etapa del retorno está usted?

—En la de absorber, ver, abrir los ojos, escuchar. He viajado por Chile, al norte y al sur.

—¿Se parece al Chile que usted recordaba?

—Hay cosas que me parecen más bellas que antes y otras me parecen más detestables que antes...

—¿Algún ejemplo?

—En sur de Chile es algo definitivamente hermoso. Creo saber algo de paisajes hermosos al cabo de tanto viajar... El desierto florido, en el norte, es también algo digno de verse. Y lo he visto.

—Ese es el reencuentro geográfico. Pero ¿el encuentro vivencial? ¿Allí está lo detestable?

—Digamos que tal vez...

—¿Qué le impacto más, a primera vista?

—La horrible polución que sufre Santiago.

—Polución ambiental... ¿También cultural?

—Ah, sí. Sabíamos lo que había significado el apagón cultural de 16 años de dictadura. Pero diferente es irse percatando de su profundidad y de su gravedad, legado de esos años de dictadura y de violencia.

—¿Usted ve los noticiarios de televisión?

—No.

—Pero lee los diarios...

—Sí, los leo.

—¿Y...?

—Extraño Le Monde.

SICOANALISIS POLITICO...

Así llama Carlos Altamirano al proceso interior que vivió en su exilio, producto del cual optó por propiciar la "renovación del socialismo chileno". Tal planteamiento dividió a su partido. Quienes no aceptaron esa vía renovadora lo acusaron de "renegado". Altamirano replica:

—Ahora queda muy en claro que no fui yo, o un grupo de personas, el que cambió: cambió el mundo. Y fue un cambio gigantesco. De cualquier forma, cuando algunos compañeros y yo iniciamos el proceso de renovación, muchos nos tildaron de dementes y hasta de traidores. La historia nos dio la razón y muchos de lo que nos acusaron aparecen hoy acomodados en el sistema no digamos de socialismo renovado, sino de centro derecha. No sólo acomodados, encantados de esa posición, diría yo.

—También se le ha acusado de precipitar el golpe de Estado en Chile y de propiciar el fracaso del gobierno de Unidad Popular, por sus posiciones "ultristas".

—Sí, claro. Yo pude, con un discurso pronunciado el 9 de septiembre de 1973, desatar un golpe de Estado perfectamente coordinado... ¡en 48 horas! Es extraordinario. Nadie puede tomar en serio tales disparates. Pero, sin entrar en detalles y discusiones que a esta altura son bizantinas, he dicho y sostengo que mientras yo aparezca como el gran culpable del fracaso de Salvador Allende, todos los demás pueden seguir durmiendo tranquilos.

—Esos "demás" ¿dónde están, en la izquierda o en la derecha?

—Están en todas partes. No sólo en la izquierda, pero no sólo en la derecha, sin excluir al centro.

—Quienes vivieron en Chile en los años 1970-1973, le asocian a usted con la frase "Avanzar sin transar"...

—Primero, ninguna opinión de nadie: pensador, ideólogo, dirigente político, puede ser entendida cabalmente fuera de su contexto. En la época en que mi partido utilizaba esa frase leíamos a diario en la prensa opositora a Allende frases como éstas: "Ya viene Yakarta", "No hay mejor comunista que el comunista muerto", "Junten rabia, chilenos", etcétera, etcétera... Es en este contexto donde surge la frase "avanzar sin transar". Originalmente, la idea era: "si hay posibilidad de transar y es positivo, transemos". Pero no había en Chile, al cabo de un año de gobierno popular, ánimo de nadie de transar. No lo había, por cierto, en la derecha. Tampoco en la Democracia Cristiana. La dirección del Partido Socialista tenía la certeza de que se transaba a diario, en tanto la oposición acusaba al gobierno de no transar nada "por la pertinacia socialista". El hecho era que se estaba transando y que eso no mejoraba nuestra posición como gobierno con una oposición a ultranza. Repito que es en ese contexto histórico y político donde hay que ubicar la consigna de avanzar sin transar.

—Hoy no plantearía usted esa consigna..

—¿Hoy, en Chile? Por cierto que no. Pero eso no significa que reniego de ella como válida en 1973.

—¿Cuál sería a su juicio, la consigna de hoy?

—Avanzar, transando.

—Pero avanzar...

—Ah, por cierto. Hoy, en 1991, creo que hay en Chile una sociedad dispuesta al consenso y con ánimo de encontrar ecuaciones comunes.

—Regresemos a la Unidad Popular. Se le acusa de todos los males de Chile.

—Así es. Nadie puede negar que la Unidad Popular cometió errores. Pero tampoco nadie puede afirmar, razonablemente, que la Unidad Popular no tuvo acierto que aun en el período de la dictadura fueron respetados, mantenidos, si no reconocidos. No dudo de que esa experiencia —Unidad Popular— será un hito histórico fundamental en el análisis histórico futuro. El Chile "moderno" del que se habla no nace con Pinochet, sino con los seis años de gobierno de Eduardo Frei y los tres de Salvador Allende, durante los cuales se intentó una gran transformación social en este país. Frei comenzó la reforma agraria y la

chilenización del cobre. Nosotros profundizamos la reforma agraria y nacionalizamos el cobre; profundizamos los cambios. Insisto, los valores fundamentales que inspiraron al gobierno de la Unidad Popular y muchas de sus realizaciones, la historia los va a recoger como un gran aporte.

—¿Errores no de fondo, sino de ritmo? ¿La celeridad con que se hicieron los cambios sería, a su juicio, el gran error?

—Creo que hubo de nuestra parte una exagerada rapidez en hacer los cambios y se planteó todo al mismo tiempo, hiriendo con ello muchos intereses a la vez.

—¿Pero usted reivindica la legitimidad de esos cambios?

—Ah, sin duda alguna. Todo lo que el gobierno de Allende hizo, había que hacerlo: reforma agraria, nacionalización del cobre, una más justa distribución del ingreso, una mayor incorporación de los sectores sociales excluidos del desarrollo de la sociedad, por citar algunos. Y todos los valores que informaron nuestras posiciones en gran medida eran correctos. Hubo exageraciones... Pero ¿en qué proceso histórico de cambio no ocurrió? Nuestra revolución de los años 70 participa de los errores y los aciertos que todo gran proceso de cambio ha tenido en la historia de la humanidad.

—¿En su "sicoanálisis político" descubrió también errores propios? ¿Cuál, por ejemplo?

—Varios, pero descubrí algo más importante: que no soy solamente un error ni solamente un acierto, sino un habitante propio del siglo XX, inserto en esa dicotomía que obligaba a tomar posiciones: con Washington o con Moscú; con los burgueses o con los proletarios; con el imperialismo o antiimperialista.

—Quienes consideran que el socialismo ha muerto y que el capitalismo vuelve a imperar sin contraparte en el mundo, los acusan —a quienes participaron de esa dicotomía— de faltos de visión futura.

—Un pensador puede adelantarse en el tiempo hasta un siglo. Un dirigente político comete un error igualmente grande cuando no es capaz de pensar más allá de lo que está ocurriendo en el minuto, que cuando piensa tanto más allá que su pensamiento pasa a ser irreal.

—¿Cómo ve a Allende respecto de su tiempo?

—Allende fue un hombre muy, muy realista en su tiempo. Es decir, en el gran marco de su tiempo, tuvo grandes aciertos de su tiempo y participó también de los errores de su tiempo. Esto es inevitable, los marxistas lo sabemos bien. El propio Marx no está exento de la filosofía y el pensamiento económico y político de la primera mitad del siglo XVIII..

—Usted, entonces, comparte aquello de que la Unidad Popular cometió errores pero no es responsable de horrores, como la dictadura...

—Definitivamente. Y tal vez la primera crítica que se le pueda hacer es la de haber actuado con una honestidad terrible, con un principismo exagerado. "Este es el programa y lo vamos a cumplir" era nuestra razón de vida. Y es que se trataba del programa que la mayoría votó.

—Honestidad no sólo política...

—Claro que no. Extrema honestidad política, ideológica y moral. Hay que decirlo. Pese a todo lo que nos persiguieron y nos investigaron, ningún dirigente de la Unidad Popular —empezando por Allende— resultó culpable de robo, de enriquecimiento ilícito, de corrupción. ¡Ni uno solo! Hoy mismo, en Chile, la familia Allende vive en forma modesta, como todos los dirigentes de la Unidad Popular. Incluso los hay viviendo pobremente. ¡Qué diferencia con los agentes del régimen anterior!

EL PAIS "MODERNO"

—Ubiquémonos ahora en el Chile "moderno"...

—Perdón ¿puede ser moderno un país en el cual, de una población de 12 millones de habitantes, cinco millones son pobres y dos millones están en la indigencia?

—¿Cómo responde usted a su pregunta?

—Con un no rotundo. Y esto sería gracioso, si no fuera por lo injusto que es. Si yo hoy insistiera en la necesidad del reparto de tierras o en lo urgente que es ocuparse de los pobres que hay en este país con indicadores macroeconómicos sorprendentes, no faltaría quien dijera: "ya está otra vez este loco, este acelerado, reiterando cosas del pasado, obsoletas". Pero resulta que el papa, en Brasil, hace una defensa agresiva de la reforma agraria como yo no llegué a plantearla en 1973. Y acá en Chile, el obispo Carlos González, presidente de la Conferencia Episcopal, señala que a pesar de los discursos acerca de la salud económica del país, los pobres siguen exactamente igual que antes y, en algunos lugares, peor. De este tema no se habla al hacer la apología del "modernismo" chileno.

—¿Usted ha preguntado a sus amigos parlamentarios o a los dirigentes políticos por qué no hablan del tema con la fuerza con que lo hace el papa o el obispo?

—Sí. Y me responden que "la cuerda no se puede tirar más", que "las condiciones reales del país" no permiten... Y en esto yo opino que una cosa es entender que ciertos cambios por ahora no pueden hacerse y otra muy distinta es no plantear la necesidad de tales cambios. Hay que plantearlos e incluso intentarlos.

Altamirano hace una pausa. Sonríe y aclara:

"Claro que yo no he estado en Chile por 18 años y llegar dando opiniones puede ser chocante. No quisiera aparecer como el general después de la batalla, ni como un petulante. Sin embargo, a mi juicio, ya no es posible el retorno a una dictadura en Chile. Creo que otro golpe de Estado hoy es impensable, pese a la cuota de poder que Pinochet conserva y al peso específico de las Fuerzas Armadas en la transición.

—¿Insinúa usted que no se justifica tanta cautela por el gobierno?

—Opino concretamente que, en este marco, hay demasiada concesión al deseo —absolutamente justificado y legítimo— de asegurar el sistema democrático. Y no sé si el gobierno ha sido todo lo lejos que podría haber ido o si ha ido solamente hasta donde era posible. A mí me parece que se actúa con extrema moderación.

Pero hay momentos en que me pregunto también ¿será extrema esa moderación o yo estaré equivocado por desconocimiento de la situación real?

—A usted le duelen los pobres en este país con "economía sana"...

—Por cierto.

—¿Y qué opina de que haya aún presos políticos?

—Creo que responden también a la realidad de la transición que vive Chile. Sin duda aparece monstruoso que quienes lucharon por la democracia y por el establecimiento de este gobierno que hay en Chile hoy, todavía sigan en la cárcel en tanto que quienes estuvieron contra la democracia y cometieron los más horrendos crímenes que el mundo conoce, anden sueltos por la calle. Es una realidad que choca, una realidad odiosa. Pero cometeríamos un gran error si olvidáramos que el poder militar lo tiene Pinochet; que el poder de la justicia está en manos de un presidente de la Corte Suprema y que la mayoría en el Congreso está dada por los senadores designados a dedo por Pinochet. Entonces, en ese contexto, tenemos que analizar esta contradicción tan brutal: los que lucharon por la democracia están en las cárceles y los que la basurearon por más de 16 años están muy tranquilos en sus casas.

—¿Qué sintió al vivir, por primera vez, un 11 de septiembre como feriado legal?

—Ahí está también la transición presente.

—Y la transacción...

—Y la transacción, claro que sí. Pero vi que alrededor de 60% de la gente —trabajadores, comercio— no acató el feriado legal. Ese también es un síntoma de transición.

—¿Qué le ha llamado más la atención en este Chile "moderno" y en transición?

—La hegemonía brutal, sin contrapeso, de un pensamiento de derecha en este país. Una de las cosas que me han impactado es ese dominio absoluto, la hegemonía total de las ideas y de la ideología —muy enfatizado este concepto de ideología—neoliberal en Chile.

—¿Como en Europa?

—No. En Europa hoy ese dominio y esa hegemonía aparecen mucho más camuflados que en Chile. Aquí aún se está en la cresta de la ola del neoliberalismo; en Europa eso ya está pasando. Creo que el neoliberalismo tal vez aún predomine hoy en Estados Unidos, tal vez. Y en Chile.

—¿Eso equivale a que en Chile prevalece un pensamiento norteamericano en el quehacer político?

—¡Sin duda! Chile está fundamentalmente dominado por un pensamiento político norteamericano.

—Y dentro de ese pensamiento se asevera que, definitivamente, el socialismo ha muerto. ¿Usted qué opina?

—Eso es muy altisonante, como un lema publicitario, pero en el fondo es una frase apocalíptica. Y falsa. Creo realmente que el socialismo tiene aún mucho que aportar a este mundo que nace hoy. Europa hoy, por ejemplo, es —simplificando— el producto de tres grandes revoluciones del pensar humano: el cristianismo, el liberalismo y el marxismo. Yo no creo que el socialismo haya muerto: sus principios siguen siendo vigentes. Nos corresponde ahora a los socialistas ver la forma de concretarlos en este mundo de hoy.

—¿En medio del resurgimiento del capitalismo?

—Sí, dentro del capitalismo. Porque durante gran parte del siglo XXI la contradicción fundamental no será ya entre capitalismo y socialismo, sino entre un capitalismo duro y puro y un capitalismo cristianizado, socialdemocratizado, humanizado y agrego también keynesiano. No hay por qué elegir entre un capitalismo friedmaniano y otro del papa. Hay otros términos que expresan mi pensamiento y el de millones de personas. En síntesis; la disputa será acerca de la aplicación de un capitalismo duro y puro y otro de rostro humano.

—Pero capitalismo, al fin...

—Sí, y para mí lo esencial es asumir esa realidad. Por un largo período actuaremos dentro de un marco esencialmente capitalista. La izquierda en América Latina debe asumirlo. Es dentro del capitalismo que deberemos hacer las reformas para que éste no cree monstruosas desigualdades, no degrade la naturaleza, no precipite un desastre ecológico.

"EL ULTIMO MOHICANO"

—Esa derecha que usted detecta tan omnipresente en Chile atribuye a Pinochet la "modernidad" del país. ¿Qué responde a eso?

—No es cierto. Si bien los 16 años de dictadura influyen determinadamente en la realidad actual, es falso que "el nuevo Chile" sea una iniciativa propia del régimen dictatorial. Tampoco es cierto que Pinochet sea —como se ha dicho— un precursor de la perestroika. No es, en definitiva, ni un visionario, ni un precursor del cambio en el mundo, ni un estadista, ni mucho menos el inventor de la modernidad. Todas estas afirmaciones son un enorme disparate.

—¿Cómo definiría usted a Pinochet, en cuanto a su papel en Chile y el mundo en el momento en que emergió como gobernante?

—Pinochet es, a mi juicio, uno de los últimos peones de ese período histórico que concluyó. El es una expresión del período de enfrentamiento, expresión de la guerra fría, de la época en que Estados Unidos adiestraba a los ejércitos para que le declararan la guerra a sus propios pueblos; expresión de esa época en que Estados Unidos creaba escuelas de tortura para enfrentar a los "enemigos" — todos los torturadores chilenos aprendieron en Estados Unidos sus sistemas de tortura—, porque ese período era de guerra, de visualizar al que discrepaba como enemigo. Entonces, Pinochet no es sino el último de los mohicanos de esa etapa ya superada.

—En ningún caso un iniciador...

—No, en absoluto. El se cree un iniciador, pero no lo es. Por eso hoy, en este nuevo período histórico, Pinochet es un personaje anacrónico, del pasado, propio de las repúblicas llamadas bananeras. Personaje gastado, de la confrontación, de la violencia en que se vivió gran parte de este siglo. Personaje de la era de los blancos y los negros, de los buenos y los malos.

—¿Inviabile en esa nueva etapa?

—No es funcional en esta sociedad de diálogo y de consenso. Pinochet es exactamente el paradigma del anticonsenso.

—Y como persona ¿qué juicio le merece Pinochet?

—No he querido referirme a eso porque mi apreciación es muy, muy negativa.

—¿Qué es lo peor que usted puede sentir por alguien?

—Desprecio.

—Señor Altamirano, sinceramente ¿qué siente usted por Pinochet?

—Desprecio.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

